

con su aire de milagrería popular, parece un postrer esfuerzo por vitalizar un relato sin fuerza propia, pero, salvo un poco de pintoresquismo, tampoco aporta gran cosa. Hacia el final la novela se arrastra sin suspenso alguno. La nota emocional de la última página, que hace juego con el toque maravilloso de las primeras, no consigue contrarrestar el fracaso narrativo del conjunto.

El problema de *Pepita de Oro* es que su autor se lo jugó todo en un solo recurso, que rebasa estas páginas de comienzo a fin. Es el recurso de hacer sentir y hacer hablar a una niña de siete años con el lenguaje y los estereotipos del cine romántico de la época dorada de Hollywood: con los gestos vitales de Ava Gardner, Gary Cooper, Shirley Temple, Cyd Carisse, Judy Garland, Clark Gable, Errol Flyn, Jimmy Stewart, Eleanor Powell, etc. El procedimiento produce efectos de cierta comicidad indudable, pero, tan reiterativo como es, termina por caer en el desgaste de lo monotemático, sin que ningún otro recurso venga a enriquecer en forma y contenido esta única obsesión totalizante y a todas luces insuficiente.

La prosa del relato es desenvuelta, casi descuidada, muy logradamente coloquial, y se deja leer bien. Pero en una novela tan escasa de recursos narrativos, la única salvación sería que esta prosa valiera por sí misma como lenguaje, a la manera de la poesía, lo que ciertamente no ocurre. Es sólo una prosa de buen oficio y experiencia, una soltura adquirida definitivamente por el autor, pero sin ninguna calidad especial: de tono menor, como el asunto, como los personajes, como el diálogo.

En realidad no comprendo el designio del autor de *Pepita de Oro*: ¿para qué se escribe una novela intrascendente, que ni siquiera desde el punto de vista de la amenidad tiene nada que aportar, salvo contados episodios de cierta gracia? El humor tampoco es capaz de rescatar el relato, porque no va muy lejos: se agota en el contraste de la niña diciendo cosas de grandes, aprendidas en las películas: nada muy especial. A juzgar por sus tres o cuatro últimas novelas, Lafourcade parece un escritor agotado en el género, no así como cronista. Es de esperar que todavía nos pueda ofrecer una cierta reviviscencia de sus mejores momentos del pasado como narrador.

IGNACIO VALENTE

CAMISA LIMPIA

De *Guillermo Blanco*

Pehuén Editores, Santiago, 1989, 243 págs.

<https://doi.org/10.29393/At461-24CLIV10024>

La última novela de Guillermo Blanco desarrolla, en forma de relato verosímil, el proceso que el tribunal de la Inquisición sigue, primero en Concepción, luego en Santiago y por último en Lima, a un judío criollo de ascendencia portuguesa de comienzos del siglo XVI, y cuyo fin es la hoguera para el disidente religioso. A medida que uno lee, se pregunta si la novela será —como aparenta ya ser— la encendida denuncia de un atropello a la libertad religiosa —a uno de los derechos humanos fundamentales— por parte de un catolicismo colonial oscurantista e intolerante, y por tanto la salmodia que un escritor católico entona alrededor del *mea culpa* habitual en estos casos. Efectivamente, se trata de un “meaculpismo” dramático y supongo que también doloroso para el autor. “Ellos mantenían cárceles secretas, procesos secretos, archivos secretos. Ninguno más debía saber de aquellas cosas. Era delito, que iría contra la tranquilidad, y la tranquilidad...”

Leída esta novela en el Chile de hoy, no puede uno sustraerse a la impresión de que esta-

mos ante un proceso de sublimación histórica de las víctimas de la DINA o de la CNI, transfiguradas sobre el horizonte de otra época en nuestro mismísimo suelo chileno: “Mi sentido de justicia me decía a cada paso que el Reino del Mesías no podía contener cárceles secretas, tortura, procesos sin defensa posible para el reo. Las delaciones, las pesquisas, ¿qué laya de ciementos eran?”

La hechura formal de esta novela es del todo tradicional. Sigue linealmente los sucesos, sin apenas alguna ruptura de la secuencia cronológica. La prosa es directa, sobria, pulcra, con atisbos poéticos de buena calidad aquí y allá. Blanco ha superado su anterior tendencia —adquirida en el periodismo— a la sucesión indefinida de frases cortísimas y casi espasmódicas; el período de la frase ha llegado a una longitud normal y a un ritmo eficiente. La mayor parte del relato está narrado en tercera persona; sin embargo, la voz del protagonista en primera persona, que al comienzo se sugiere apenas en la forma del *racconto*, toma la palabra con decisión en ciertos pasajes, y narra hiladamente su pasado por trechos largos. El diálogo es esencial y vivo y en suma, la novela está bien armada y revela el oficio maduro del autor, uno de nuestros buenos novelistas.

Cada capítulo viene precedido por un texto que “la pluma anota”: se trata, pues, de un documento verídico tomado de las cartas o anales de la Inquisición y transcrito con una grafía cursiva gótica que recuerda la época. “La pluma anota:... *su padre le dijo que tomase la Biblia y leyese en ella, y le fue enseñando la dicha ley de Moisés, y le dijo que él la guardaba, y que de miedo de la muerte había dicho que quería ser cristiano, y le habían reconciliado, y que desde aquel tiempo se apartó el reo de la ley de Jesucristo, y la tuvo por mala, y se pasó a la ley de Moisés, a la cual tuvo por buena, para salvarse en ella, sabiendo y entendiendo que era contraria a la ley de Jesucristo...*” El alegato de fondo que circula por todas estas páginas se puede resumir en las siguientes palabras del héroe: “Yo recibí instrucción cristiana cuando niño, y sé la tremenda importancia que tiene en ella el precepto del amor. ¡Y lo que veo es tan distinto! Los seguidores de Jesucristo violan a diario los mandatos de Dios, los suyos propios, los que ellos eligieron. ¿O no es violarlos hacer la guerra y ejercer la fuerza, precisamente en nombre suyo? ¿Y qué laya de amor es éste que persigue y mata y quema y tortura? ¿No se condena a sí mismo el que condena a un inocente?”.

El mundo nuestro, qué duda cabe, sigue lleno de creyentes impedidos de practicar su fe, pero éstos no son ciertamente judíos entre cristianos. Se pregunta uno a cuento de qué hurgar precisamente en el pasado colonial, en los archivos de la Inquisición, para incidir en todos los tópicos de la leyenda negra al respecto, sin saltarse uno solo, al contrario, dándole una nueva vitalidad. Entiendo que el autor quiere denunciar un atropello flagrante a la libertad religiosa, tantas veces reivindicada hoy por la Iglesia Católica, y con mayor fuerza aun si en el seno del catolicismo de otras épocas este derecho no fue respetado como el Evangelio pedía. Pero la elección del caso resulta dudosa, y más aún cuando la novela no denota el menor esfuerzo por situarse en los parámetros culturales de la época, en el interior del conflicto mismo, sino en los tópicos más externos y convencionales que han cultivado hasta el cansancio precisamente los adversarios más decididos de la fe católica.

Este juicio mío puede parecer en buena medida extraliterario, y debo reconocer hidalgamente que lo es. Pero tampoco puedo dejar de reconocer hasta qué punto él incide en la propia calidad literaria de la novela, arrojando sobre ella una sombra indudable. Pues el lector espera en vano encontrar en estas páginas algo que no sea tópico, una penetración más interior del asunto, algo que no se limite a una versión más de la consabida leyenda negra. La novela cae toda entera en un flagrante anacronismo: está escrita con mentalidad de 1989, y por tanto es anacrónica en relación con los sucesos: se limita a trasponer a la sensibilidad actual un proceso de hace cuatro siglos. Carece de la habilidad mostrada por otros autores para hacernos respi-

rar hoy la atmósfera misma de épocas arcaicas cuando se reconstruyen los episodios de entonces.

Pienso, por ejemplo, en la sutileza a la vez antropológica, histórica y literaria de un William Golding, y por citar a un autor judío, de Isaac Bashevis Singer. Nada de eso hay en *Camisa limpia*. El diálogo del fraile con el reo acerca de la libertad religiosa es completamente anacrónico. Por allí se cae en un cierto maniqueísmo, que ya despuntaba en la novela anterior de Guillermo Blanco, "Dulces chilenos"; esta vez los judíos son santos, y los católicos son demonios. El protagonista judío es el único personaje humano en medio de una ralea de cristianos que son todos verdugos automáticos. Y éste sí es un juicio literario sobre un factor que influye negativamente en la calidad de la novela, carente del claroscuro y de la ambigüedad de los hechos protagonizados por hombres de carne y hueso.

Se echa de menos un atisbo de humanidad en los captores y jueces del judío heroico. Pero no; estos inquisidores deben serlo hasta el tuétano de los huesos, y el mártir de la casa de la libertad de las conciencias debe ser un héroe completo, el único portador de humanidad entre tantos lucíferos. Estos repiten su fe cristiana como una lección muerta de inhumanidad: no convencen como personajes, tan estereotipados están. En estas condiciones, la novela adquiere un pesado aire piadoso, unilateral, edificante y hagiográfico, el de tantas vidas de santos demasiado buenos para un mundo demasiado malo. El suspenso se torna escaso: es previsible desde el comienzo el camino recto del héroe hacia las llamas, en esta crónica de una hoguera anunciada, que por eso mismo se vuelve demasiado lineal y recta. En fin, esta novela me parece un homenaje al revés al quinto centenario de la evangelización de América Latina. Dicho sea sin dejar de reconocerle, en otros aspectos, su eficiente factura narrativa.

IGNACIO VALENTE

SI TE DICEN QUE CAI

De Juan Marsé

Seix Barral, Barcelona, 1989.

"La nueva narrativa la forman novelistas de catequesis, los nuevos escritores son muy obedientes, demasiado dóciles (...). Estoy al tanto de lo que sucede literariamente, pero hubo mucho más talento entre la gente de mi generación..."

Estas y otras declaraciones del flamante y siempre intencionalmente contestatario Premio Nobel de Literatura 1989, Camilo José Cela, han iniciado una fecunda y esclarecedora polémica entre los escritores y los especialistas de la novela española actual. Las versiones, opiniones y diferentes valoraciones de Carmen Martín Gaité, Juan Marsé, Julio Llamazares, Rosa Chacel, María José Obiol, Juan Benet y otros, han establecido que la narrativa española joven está, si no en su siglo de oro, sí en un momento importante de su desarrollo. Es que "en la medida en que aumenta el nivel cultural de los españoles, la calidad literaria de los que escriben es mayor" (Delibes) y ya "hay una serie de escritores que tomar en cuenta y que están llevando a cabo el relevo generacional" (Castellet), aunque se observe en ellos "cierta inconsistencia estilística y una preceptiva de importación" (Caballero Bonald) o en muchos se perciba "la irrelevancia que predomina en las letras españolas actuales" y falta de "nitidez", "vivacidad" e "imaginación" (Julio Ortega).

Es preciso señalar que aparte del tan discutido talento de estos nuevos narradores, las editoriales los buscan y publican con éxito (sólo tres datos, *La isla inaudita* de Eduardo Mendoza,